

tencias espantosas, con su desinterés y despegamiento, con aquel aspecto de varón divino, ojos llorosos, ademanes nobles, voz llena y argentina, que vibraba en los oídos de las muchedumbres, ya terrible como la trompeta del arcángel, ya melancólica y profunda como las lamentaciones del profeta de Idumea.



DISCURSO VEINTINUEVE

CONTRA EL ESCÁNDALO

*Miserunt principes et pharisaei ministros,
ut apprehenderent Jesum.*

Enviaron los principes y fariseos sus ministros, para que prendiesen á Jesús.

(JUAN., VII, 32.)

EXORDIO

Si me preguntáis, mis amados hermanos, cuál es el principal obstáculo que se pone delante á los que empiezan á servir á Dios y emprenden animosamente el camino de la virtud, os lo diré al punto; son las contradicciones, son los contrastes que por necesidad han de sufrir de la insolencia de los menos buenos. Muy errado anda y muy equivocadamente piensa quien se imagina poder hallarse en este mal mundo un Isaac sin Ismael, un Jacob sin Esaú, una Ana sin su Fenenna, un David sin un Semei, un Mardoqueo sin su Amán, un Jeremías sin su Fasur, un Elías, finalmente, sin alguna arrogante Jezabel. ¿Qué significa esta perpetua oposición y contrariedad? Que anda muy errado, torno á decir, quien se imagine poder hallarse en este mundo un hombre de veras bueno sin la compañía de algún malo que le acose y persiga.

¿Quién más digno de ser amado que el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor? Leed los sagrados Evangelios, y no le veréis ocupado sino en derramar por todas partes beneficios. Infinitos son los rudos á quien enseña, los enfermos que sana, los muertos que resucita, los ende-

*A visceribus
causa.
i.ª parte. La te-
sis: todo justo tie-
ne un hombre que
le persiga;*

*por inducción del
V. T.*

(sinécdoque)

*del ejemplo de
N. S. ilustrado*

por enumeración, corrección, incremento y epifonema.

Amplificación a consecuencia.

2.^a parte. La hipótesis por dilatación

y afectos de santa ira.

Proposición particular por inversión.

semillas de la pasión.

Conclíase la benevolencia y atención,

moniados que libra de las potestades infernales; mas, con todo, no le dejan vivir en paz un solo instante. ¿Qué digo vivir en paz? Es calumniado y escarnecido y acosado y perseguido, ora á traición, ora desarrebozadamente; y ya que no desiste por su voluntad de tan loables y provechosas obras, envían hoy ministros desalmados que le enfrenen y hagan desistir á viva fuerza: *Miserunt principes et pharisaei ministros, ut apprehenderent Jesum*: Enviaron los príncipes y fariseos sus alguaciles y ministros para que prendiesen á Jesús, ¡Tanta es la ojeriza que le tienen sus adversarios, esto es, toda la gente ruin, á quien da en rostro cualquier linaje de virtud sobresaliente, y toda bondad más que ordinaria! No me maravillo, por tanto, que sean tan pocos, aun en el seno del catolicismo, los que tratan de veras de aventajarse cada día más, hasta arribar á la perfección. No todos tienen pecho para contrastar como Jesucristo y permanecer inmóviles y serenos ante cualesquiera acometimientos y embestidas; antes los más estiman por mejor seguir los caminos anchos y espaciosos, aunque lleven á la eterna perdición, que no el sendero estrecho que conduce á la gloria.

¿Qué haré yo, por consiguiente, en cumplimiento de mi deber? ¿Cómo satisfaré hoy á mi sagrado oficio? ¿Abandonaré en manos de sus enemigos, tantos y tan encarnizados, á los siervos de Dios, y permitiré que los ultrajen, que los humillen, que los confundan, como quien esquivo la pelea y rehusa bajar al campo á defenderlos? No lo consienta Dios; mas si Él me ayuda, y me inspira la facundia y energía proporcionadas al celo santo que se ha despertado hoy en mi pecho, yo los socorreré, y arrojaré bien lejos á sus importunos adversarios. ¿Habéis acertado ya contra quiénes vengo á esgrimir la espada, dos veces penetrante, de la palabra de Dios? Contra aquellos que, **no haciendo ellos bien, no pueden sufrir que otros lo hagan**; y así mortifican y acosan y desasosiegan á todo amigo ó compañero, en cuanto ven que se da más á la virtud y ejercicios de devoción; y no descansan hasta enlazarle en sus redes y aprisionarle en sus cadenas, que es decir, hasta que logran atraerlo á su mala vida y libertad.

Bien veis, mis amados oyentes, que no podía tratar de

asunto más importante; porque ¿qué aprovecha que me fatigue yo en persuadir la práctica de las virtudes cristianas, en promoverlas, en procurarlas por todas las vías posibles, si, apenas bajo del púlpito y salimos de la iglesia, no faltan otros que trabajan con igual ardor en destruirlas? Si uno edifica y otro destruye, dice el Eclesiástico, ¿qué provecho se saca sino trabajar en balde? *Unus aedificans, unus destruens; quid prodest illis nisi labor?*¹ Para el mayor acierto, ayudadme á implorar de Dios los auxilios de su gracia, y favorecedme vosotros con vuestra benévola atención.

por la importancia del asunto.

PRIMERA PARTE

II

QUID SIT.

Arg. 1.^o A causa.

Mas ¿qué linaje de estilo adoptaré en causa tan atroz y desatinada? Porque si considero bien la gravedad del abuso que trato de deshacer, no parece lícito que me valga hoy de las formas serenas y de los razonamientos apacibles que acostumbro, sino que, soltando á la elocuencia las riendas de una santa indignación, debería comenzar desde luego con destempladas voces á confundir vuestra protervia. Pero todavía, por que veáis que no he subido á esta sagrada cátedra, ni por vano deseo de perorar, ni para desfogar mi celo comprimido, mas solamente á fin de ayudar á vuestras almas en la forma que estimare más oportuna, renuncio totalmente á tales medidas enérgicas, pero duras, y quiero imitar á los médicos que no insultan ni maltratan al doliente por los desórdenes con que estragaron su salud, antes bien, le esfuerzan y atienden sólo á curarle con los remedios menos ásperos y desabridos que, sin torcer las reglas del arte, pueden aplicar á su dolencia. Si hay lengua de curación y represión, así me amonesta que lo haga el Sabio, háyala también de suavidad y misericordia: *Sí est lingua curationis, est et mitigationis et misericordiae*².

Precaución oratoria por dilatación insigüe.

contraposición de afectos,

y comparación del médico y el enfermo.

¹ Eccli., xxxiv, 28.—² Eccli., xxxvi, 25.

Averiguación de causas, Decídmeme, pues, discurrendo entre nosotros tranquila y amigablemente, ¿qué afecto ó pasión tan desvariada os mueve, ¡oh pecadores míos muy amados, á no sufrir en los otros aquella devoción, aquella piedad y compostura, aquella perfección y concertado vivir que vosotros no tenéis? Abrid vuestro pecho, descubríos ingenuamente y no dudéis que, aun cuando las llagas sean muy hediondas y asquerosas, yo las trataré sin asco ni horror. Si no queréis ocultarme la verdad, paréceme que vuestro vicio y siniestra inclinación no es muy desemejante á la del buitre y otras aves carníceras, las cuales se deleitan en la podredumbre y hediondez de los cadáveres, y abominan de las fragancias y buenos olores. En esta forma digo que no podéis sufrir el suave olor que de sí derraman con su virtud los justos. Estos pueden decir con el Apóstol que el buen olor de sus santas costumbres, siendo uno, produce, no obstante, efectos muy contrarios; de vida en unos, y en otros de muerte y perdición. *Christi bonus odor sumus Deo in iis qui salví fiunt, et in iis qui pereunt; aliis quídem odor mortis in mortem, aliis autem odor vitæ in vitam* ¹. Somos, dice, buen olor de Cristo para Dios, ya en los que se salvan, ya en los que se condenan; en unos olor de muerte para su muerte, en otros olor de vida para su vida. De donde resulta que el daros en rostro su virtud y buen olor, y el desasosegarlos tanto con vuestras mofas é indignos tratamientos, no parece que pueda nacer sino de envidia.

por comunicacion,

simil de las aves de rapina

y divino testimonio.

Causa verdadera de la envidia.

Arg. 2.^o
DETESTACIÓN DE LA ENVIDIA ESPIRITUAL.

Es el vicio más ruin é infame luego.

III

Mas yo, á la verdad, de cualquiera otra envidia os compadecería más fácilmente que no de ésta; porque es tan ruin, tan ignominiosa, tan infame, que no puede, según enseña San Agustín, imaginarse mayor baja. Porque, escuchad cómo razona este gloriosísimo doctor. Si envidiáis á un rico sus riquezas, no me maravillo, porque, aun cuando queráis, no está en vuestras manos atesorar sus cauda-

¹ 2 Cor., II, 15-16.

les. Lo mismo digo si envidiáis á otro la salud, á otro la hermosura, á otro el ingenio, á otro las fuerzas, á otro el cargo ó dignidad, son bienes éstos que no dependen de nuestro libre albedrío, y así no es de extrañar que, por la envidia tan arraigada en nuestras entrañas, os pese de las cualidades y prendas que veis en los demás y que no podéis granjear con vuestra industria.

Pero ¿con qué color ó pretexto envidiáis al varón justo su justicia? ¿No está por ventura en vuestra mano adquirirla y enriqueceros con ella? Si tienes envidia al varón justo, así dice el bienaventurado San Agustín, de tu voluntad depende que lo seas. Sé tú lo que te pesa y envidias en el otro, porque aquí no has de comprar con dinero lo que tú no eres y tu hermano es; graciosamente se da, presto se reparte: *Si invides justo, res in voluntate est. Esto quod doles esse alterum; non enim empturus es, quod tu non es et alius est. Grátis constat, cito constat* ¹. La piedad, la modestia, la caridad, la templanza, el silencio, la compunción, son bienes todos para cuya adquisición un mendigo tiene sobrado. Basta un corazón decidido, una voluntad resuelta y eficaz. ¿No es, pues, enorme desatino envidiar á otro lo que nadie os estorba poseer, y poseer cuanto posee el más acaudalado? Una comparación pone el mismo glorioso doctor á este propósito; y pues él la trae, permitidme que me valga de ella para realzar mi intento.

Dos juntas de hermanos se celebran en las historias sagradas y profanas, la primera de las cuales fundó la ciudad de Dios, que fueron Caín y Abel; y la segunda, la ciudad y capital del mundo, que fueron Rómulo y Remo; y lo que más maravilla en este parangón es que de entrambas ciudades puede con verdad decirse que sus primeros muros se amasaron con sangre de hermanos: *Fraterno primi maduerunt sanguine muri* ², comoquiera que la fundación de la una siguióse á la muerte de Abel, y á la muerte de Remo la fundación y establecimiento de la otra. Pues bien, cotejemos la fortuna de entrambos matadores. ¿Qué fué de ellos? Ciertamente que ambos, después de muertos, bajaron al in-

Antec. A comparaciones; los otros bienes no están en nuestra mano,

mas si la virtud de nuestro prójimo,

por autoridad:

conclusión

y transición.

Comprimase por paralelo ilustrado de dos envidiosos.

Exposición, 6.^a Parte: Caín y Rómulo,

envidiosos y fratricidas.

¹ In ps. 39. —² Lucan. Phars., I, 4.

2.^a parte. Consecuencia del crimen:

suerte lamentable de Caín,

por atopeya y gradación.

Ventura de Rómulo en este mundo.

3.^a parte, ó reflexión á la causa,

las dos envidias.

Realízase por autoridad,

fierno, y en sus cárceles pagan aún la pena de su crueldad; allí rugen ambos, y aherrojados ambos yacen sepultados en la hoguera inextinguible. Mas no les alcanzó igual suerte mientras vivieron. Vagabundo Caín y fugitivo por yermos y despoblados, palidecía al ver una fiera, temblaba al susurro de las hojas, henchía de sollozos los bosques y florestas. Los ríos todos parecíanle que le iban á tragar en sus corrientes, y los barrancos y precipicios que le iban á sepultar en sus ruinas profundas. Le era enojosa la luz, pesadas las tinieblas, espantable el sueño, desasosegadas las vigili-
 as; y como si tuviese continuamente á las espaldas un verdugo ó sayón furioso con el sangriento látigo, así huía despavorido y jadeando de monte en monte y de despeñadero en despeñadero, dando estas voces desconsoladoras que se arrancaban sin cesar de su palpitante y desesperado corazón:—¡Ay, que todo el que me encuentre me matará!—
*Omnis, qui invenerit me, occidet me*¹. No así el afortunado Rómulo, antes bien sufrido del cielo con gran longanidad, vivió una vida feliz nada triste ni miserable, sojuzgando á sus contrarios, abatiendo á sus rivales, granjeándose las voluntades de las naciones extranjeras, pasando sus bienaventurados días en colgar mil despojos en el templo y en plantar trofeos gloriosos en el Aventino.

¿Cómo tanta variedad de fortuna entre ambos matadores? ¿No asesinaron ambos á su hermano, y á su hermano inocente, y con villana traición? Sí, pero con la diferencia que indiqué al principio. La saña y malquerencia de Rómulo es más excusable que la de Caín, en cuanto Rómulo envidió á su hermano la potencia y señorío, Caín al suyo la bondad y religión. El uno no podía conseguir el reino sin arrancárselo con la vida; podía muy bien el otro, sin quitársela, tener en su pecho la virtud de su hermano; y así fué, como más culpable, más rigurosamente castigado. De ninguna manera se menoscaban los dominios de la virtud, dice el santo obispo de Hipona, allegándosele otro compañero; pero, al revés, tanto más crecen y se dilatan, cuanto la inseparable caridad de los compañeros los posee más con-

¹ Gen., 14.

cordemente¹. ¿No podía Caín ser justo por serlo su hermano y razón no Abel? ¿No podía ofrecer también á Dios las primicias de sus campos y los primogénitos de sus ganados? ¿No podía sacrificarle con sincero corazón? Podía, pero su envidia le cegaba, y prefirió arrebatar á su hermano lo que él no tenía, que no adquirir para sí lo que poseía su hermano. No haya, pues, compasión para Caín, ni aun en esta vida; no sienta paz, no tenga punto de reposo, ningún hombre mortal se apiade de su desventura; mas quede en el mundo como ejemplo de la ira formidable de Dios contra los que envidian la bondad ajena.

Si esto es así, como lo es, ¿cómo no tembláis al considerar, ¡oh amigos envidiosos!, que este mal afecto señorea vuestro corazón? Diabólica envidia es, prosigue el mismo Santo, envidiar los malos á los buenos, no más sino porque éstos son buenos y ellos malos: *Invidia illa diabólica, qua invident bonis mali, nulla alia de causa, nisi quia illi boni sunt, isti mali*. ¿No podéis, por ventura, ser tan santo como vuestro hermano? ¿No podéis vestir con la misma modestia? ¿No podéis orar con la misma asiduidad y devoción? ¿No podéis vivir con igual recato? ¿No podéis recibir como él los santos sacramentos de ocho en ocho días? En vuestra mano está: *Res in voluntate est*. ¿A qué esa ojeriza y disgusto cuando otros hacen mejores obras que vosotros? ¿por qué habéis de turbarlos y embarazarlos, y acaso también escarnecerlos?

Quando los judíos, vueltos ya de Babilonia, se percibieron otra vez á levantar los muros de su amada Jerusalén, hubo de entre ellos muchos que de pura envidia no lo llevaban en paciencia y, en lugar de ayudarles en su tarea, andaban alrededor de los oficiales y trabajadores inquietándolos, desasosegándolos y embarazando su labor; y si no alcanzaban á tanto, con mofas y denuestos los insultaban. Pero oíd la horrible sentencia y espantosa oración de Nebe-
 mas contra estos malvados: «No encubras, Señor, dice, la

¹ Nullo enim modo fit minor, accedente seu permanente consorte, possessio bonitatis; immo possessio bonitatis tanto fit latior, quanto concordior eam individua sociorum possidet charitas. De civ. Dei. Lib. 15, c. 5.

(congeries de interrogaciones)

é imprecaciones.

4.^a parte. Aplicación al auditorio

por interrogación vehemente.

AMPLIFICASE por comparación del templo de Jerusalén;

los edificadores y los burladores:

iniquidad de ellos, y su pecado de ellos no se borre nunca de tu faz. Y ¿por qué tanta aversión? ¿por qué tanta venganza y encono? Porque hicieron mofa de los edificadores y oficiales de su templo: *Non operias, Domine, iniquitatem eorum et peccatum eorum a facie tua non deleatur, quia irriserunt aedificantes* ¹. ¿Parécenos liviano crimen burlarse, hacer mofa de los que edifican el templo del Señor? Tal desvergüenza no merece perdón. Discurso, pues, así: Si por tan abominable hecho tuvo Dios que se estorbase la fábrica de un edificio material, á cuya traza edificar otro no es tan hacedero, ¿qué será, decidme, impedir la fábrica del templo espiritual, á cuya traza puede cada uno, con sólo querer, levantar otro de igual alteza y hermosura?

argumentación
minor.

Arg. 5.^o
SEGUNDA CAT-
SA DE OPOSICIÓN:

IV

Mas ¿qué hago? ¿en qué me ocupo? Perdonadme si hasta ahora no reparé que estoy discurrendo harto simplemente al presuponer que el enojo contra la bondad de vuestros compañeros nacia de envidia á su virtud. Honor es que os hice, más sin bastante fundamento; porque, á ser así, fuera indicio que estimáis en algo la virtud, comoquiera que nadie envidia lo que no aprecia. Pero no es esto lo que atiza más vuestro rencor. El verdadero motivo es sin duda desear esconderos y encubrirlos entre la multitud. Me explicaré. Quisierais vivir á vuestras anchuras; mas porque choca tal desenfrenamiento, á par de la modestia y compostura de los otros, querríais que imitasen todos vuestro ejemplo, y así buscáis por todas vías muchos compañeros de vuestra disipación. Querríais ser más libremente sensuales y lascivos, y por esto os dan en rostro los castos y vergonzosos. Querríais hurtar más y con más libertad, y por esto os ofenden los dadivosos. Querríais andar más descocadamente, y por esto os desagradan y amohinan los recogidos y devotos.

queréis encubrir
vuestra maldad
entre la multitud.

por expolição y
autíteis.

Mas la multitud
no os librará del
castigo que os
amenaza;

Mas ¿qué imagináis, oyentes míos, que la muchedumbre de compañeros en la maldad sirva en algún modo, ó para

¹ 2 Esdr., iv, 5.

disminuir la gravedad de vuestra culpa, ó para excusaros ante Dios? Os engañáis muy mucho. ¿Qué aprovechará la muchedumbre, tal es la enérgica exclamación de San Eusebio á este propósito, qué aprovechará la muchedumbre donde cada uno por sí será juzgado? *Quid proderit multitudo, ubi singuli iudicabimur*? ¹ Jamás será disculpa del impío decir á su Majestad: Señor, que no fui solo. Y si esto se verifica siempre, ¿cuánto más si los compañeros del mal son los que nosotros maliciosamente sedujimos? ¿Presumiréis acaso que os sirva de escudo de vuestra iniquidad el haberla traspasado en el corazón de vuestros hermanos, como si á un apestado se le debiera tratar con mayor consideración ó menor severidad porque ya no es sólo él el contagiado, sino que, llegándose astutamente á varios, ha inficionado gran parte de la ciudad? No; antes oid lo que añado: vosotros creéis estar más seguros en vuestros vicios y liviandades cuando éstos han cundido, se han propagado, son ya públicos y generales; mas yo os digo que entonces podéis teneros por más perdidos.

por autoridad,

argumentación a
fortiori,

y similitud del apes-
tado.

CONFIRMACIÓN
ad hominem.

Creía, como sabéis, en el espacioso campo del padre de familias la mal nacida cizaña, y, ya orgulloso y pujante, hacia el último esfuerzo para sobrepujar y ahogar los panes espigados que en aquella era florecían. ¡Desatinada pretensión! Quisiera la cizaña enseñorear todo el campo, desjujar toda la tierra, y no advertía que lo que más deseaba, como el ápice de su felicidad, hubiérala acarreado la extrema miseria.—¿Cómo, dijérame yo, si tuviera ella algún asomo de razón, cómo eres tan desaconsejada? ¿No ves que, á no ser esas pocas espigas que entre tu mala broza amarillean, te hubieran mil veces arrancado de este suelo? ¡Oh, cuántas veces los solícitos segadores estaban ya á punto para cortar con su implacable guadaña tus maldecidos tallos! Sin duda ¡oh miserable! fueras ya un puñado de ceniza; ¡con tanta ansia y apresuramiento repetían aquel *vis imus*, á fin de atarte en gavillas y arrojarte al fuego! Y ¿porfías aún en crecer y sobrepujar al buen grano? Crece enhorabuena, crece y multiplícate, que después verás el escar-

Porque sólo ma-
los, habéis de pro-
curar que se haya
muchos buenos.

por parábola edifi-
caciona, del tri-
go y la cizaña.

Por ficción pro-
popéyica.

¡Ay de la ciza-
ña, si prevalece la
cizaña!

¹ Epist. 1. Paraenet.

miento y llorarás en vano tu insensatez.— Así gritara yo en aquella vasta campiña; mas fuera en balde, y por eso levanto mi voz entre vosotros, para amonestaros en vuestros daños.

Aplicación de terror á los escudolosos;

por visión oratoria y proscopoya de venganza:

rayos,

vientos,

rios,

incendios,

todas las criaturas

¿Qué hacéis, qué hacéis, ¡oh pecadores míos de mi alma!, cuando procurarás allegar más y más cómplices de vuestros devaneos? Quisierais vosotros, como pernicioso cizaña, romper este poquito de grano, que aún queda en el campo del Señor; y ¿no reparáis que, si esto hacéis, estáis perdidos? Desearía en este momento que se rasgasen esas nubes y se abriesen esos cielos, para que pudierais contemplar el más terrible espectáculo. Y ¿qué veriais? Veriais cabe el trono de la soberana Majestad un formidable ejército de todas las criaturas, armadas y prontas á la venganza de los enemigos de Dios: *ad ultionem inimicorum* ¹, y veriaislas á todas, como los segadores evangélicos, ofrecerse á porfia para ejecutar el riguroso trance, y clamando y voceando: *Vis imus, et colligimus ea* ²? ¿Queréis que vayamos y arranquemos la cizaña? ¿Queréis que vayamos, gritan los rayos, y desprendiéndonos de las nubes nos precipitemos con desapoderado ímpetu sobre esos teatros, donde públicamente se conculca vuestro honor? ¿Queréis que vayamos, gritan los vientos, y desatándonos de nuestras cárceles estallaremos con horroroso terremoto y derribaremos por tierra esas viviendas de perdición, donde se ocultan tantos vicios y deshonestidades? ¿Queréis que vayamos, gritan también los ríos, y saldremos de madre y devastaremos con terrible inundación esas granjas y posesiones, que están alimentando injustamente á tantos pèrfidos? ¿Queréis que vayamos, gritan los incendios, y derramaremos nuestras llamas y reduciremos á cenizas esos bancos y casas de contratación, donde tantas usuras se cometen cada día? ¿Queréis que vayamos, replica todo el escuadrón armado de las criaturas, y todos los poderíos celestiales, el fuego y el granizo, y la nieve y las heladas, y el espíritu de las tempestades y borrascas, prestas siempre á ejecutar el divino mandamiento: *Ignis, grandis, nix, glacies, spiritus procellarum,*

¹ Sap., v, 18.—² Matth., xiii, 18.

quae faciunt verbum ejus ¹. Nosotras (dicen al Señor, ansiosas de reivindicar su honra), nosotras defenderemos vuestra causa, nosotras mantendremos vuestro honor, nosotras derrocaremos y acabaremos en un punto con todos vuestros contrarios. Escoged, omnipotente Dios, ó el trueno ó el rayo, ó la embravecida furia de los vientos, la criatura que más os agrade, y volará al punto á la demanda: *Vis imus, et colligimus ea*? Y el mansísimo Señor responde de ordinario á las importunidades de sus ministros y ejecutores: No, *Et ait, non*; y sufre tantos baldones y aguanta tantos desafueros é injusticias. Y ¿por qué?, decídmelo, cristianos. Contestad, por vida vuestra, si sabéis. Porque en la ruina de los pecadores no caigan envueltos los mismos justos. No sea caso, dice, que cogiendo la mala hierba arranquéis con ella el trigo: *Ne forte colligentes zizaniam, eradicetis cum eis, simul et triticum* ². Porque estilo es de este misericordiosísimo Dios, así lo confirma San Crisóstomo, hacer esta honra á sus siervos, que por respeto de ellos se salven también los otros ³.

codiciosas de vengar á su Señor,

Respuesta de Dios:

— por respeto de los justos, sálvense los pecadores—

por autoridad,

por inducción bíblica,

ya general,

ya particular:

Pues siendo esto así, ¿cómo vivimos tan engañados ¡oh pecadores y compañeros míos!, que entonces nos creamos más seguros cuando hubiéremos seducido y arrastrado á todo el mundo á nuestra mala costumbre? ¿Es posible que estimemos por de nuestro interés el desarraigar del mundo esos poquitos buenos que entre nosotros viven, sin advertir ¡miserables de nosotros! que éstos son nuestro único reparo y baluarte, el cual perdido, somos perdidos y totalmente expuestos á la cólera divina? Sálvame tú, Señor, decía el mismo profeta David; sálvame tú, Señor, porque falta un santo: *Salvum me fac, quoniam defecit sanctus* ⁴. Y ¿cuál fué la causa del asolamiento de Sodoma, sino faltar en ella diez justos, como lo reveló Dios á su siervo Abraham? ¿De dónde la ruina y perdimiento de Jerusalén, sino de no hallarse en la ciudad un varón fiel, como lo significó

¹ Ps. cxlviii, 18.—² Matth., xiii, 29.

³ Consecuetudo enim misericordis Dei est, honorem hunc dare servis suis, ut propter eos salventur et alii. Hom. 4 in Gen.

⁴ Ps. xi, 1.

ya contraria, el Señor á Jeremías? Pero, al revés, en la nave en que viajaba el Apóstol de las gentes, aunque tan combatida de recia tempestad, y zozobrando y á pique de naufragar en las aguas de Malta; todavía ni uno de aquellos pérfidos y desalmados pasajeros en número de casi trescientos se perdió, merced al apóstol San Pablo, por cuya reverencia perdonó el cielo á toda su perversa compañía: *Ne timeas, Paule; donavit tibi Deus omnes qui navigant tecum* ¹.

Consecuencia legitima.

¿Quién no ve, de consiguiente, que nada deberían buscar los malos con tanta solitud como la multiplicación de los justos? A éstos deberían glorificar á todo precio, á éstos conservar con el mayor cuidado y diligencia; y la virtud y acrecentamiento de éstos deberían asentarla en su corazón como su propia dicha, si ya no quieren desmentir las palabras de Salomón: En la multiplicación de los buenos se regocijará el vulgo de los malos: *In multiplicatione justorum lætabitur vulgus* ². Y ¿habrá hoy quien haga lo contrario, y, lejos de mantener celosamente los poquitos justos que viven en nuestra compañía, procure corromperlos? ¿Qué desatino es éste? ¿qué locura? Parad mientes y grabad en la memoria cómo retuerzo yo el argumento en que estriba vuestra licencia. Porque sois malos no podéis sufrir que los otros sean buenos; pues yo digo que debéis desear y aun procurar que los otros sean buenos, por lo mismo que vosotros sois tan malos.

Consecuencia desatinada.

y epilogo.

Arg. 4.^o
A consecuencia. Evidentes, difícilmente os salvaréis:

por dilema,

membro primero

por apóstrofe imprecatoria.

Pero escuchad, que aun no he dicho la razón más poderosa. Ó vosotros tenéis deliberado propósito de seguir siendo malos, como hasta ahora he imaginado para vuestra utilidad; ó pensáis más tarde reconocer vuestros yerros y desandar el mal camino y, poniéndoos bien con Dios, atesorar en vuestra alma la virtud que al presente perseguís en los demás. Si formaseis la determinación de continuar siempre siendo malos, he concluído. Mas ¿qué hacéis entonces en este sagrado lugar? Lejos, lejos de aquí, desventurados; apartaos de este cristianísimo auditorio, porque no es sitio

¹ Act., xxvii, 24. —² Prov., xxix, 2.

éste para los que juraron vasallaje indigno á Lucifer; y, mientras de aquí no salieréis, gran riesgo corremos todos de perecer por culpa vuestra.

Pero si, como es de creer, ninguno de mis oyentes se ha despeñado en tan profundo abismo de maldad, que se obstine en perseverar en ella, antes todos tenéis resolución de convertirlos á Dios, siquiera sea en lo postrero de la vida; ¿en qué se funda vuestra confianza de alcanzar de Dios tan grande misericordia, después de tan enorme desacato? La serpiente, oíd con atención, la serpiente del paraíso terrenal, por haber servido al demonio de instrumento para seducir á nuestra primera madre, vino á ser tan aborrecida de Dios y tan fea y horrorosa á los divinos ojos, que contra ella fulminó su Majestad la primera sentencia y el primer castigo que se pronoució en el mundo contra mortales criaturas. Y fué maldita de Dios entre todas las bestias de la tierra, y condenada como la más vil á vivir debajo de tierra, y alimentarse de tierra, y arrastrar con oprobio eterno su vientre por la tierra. Pero, pregunto: ¿qué culpa hizo la infeliz serpiente en el servicio que prestó? ¿Hízolo, acaso, de su propia voluntad? ¿Entrometióse en ello por su elección y antojo? No; sino que, necesitada de una fuerza superior y diabólica, la constrinieron á abrir los labios, á mover la lengua, á pronunciar vocablos no entendidos. Mas todavía el carecer de culpa no le valió. ¿Por qué? Porque dice San Juan Crisóstomo, húbose nuestro Señor en este caso como un padre. ¿Visteis un padre á quien su mortal enemigo mató villanamente los dos hijos que tenía? No se contenta con que sea castigado el matador, enfurecese igualmente contra el hierro que sirvió á la matanza, arrojálo en tierra, pisotéalo, rómpelo en cien pedazos, y lo maldice y lo mira con el mismo horror que si fuera culpable del delito. Pues así hizo Dios con la serpiente, dice el Crisóstomo con su áurea y divina elocuencia: porque la sierpe sirvió como de cuchillo á la malicia diabólica, por esto se le aplicó también pena perpetua ¹.

Membro 2.^o porque hacéis el oficio de serpientes.

Historia del paraíso.

1.^a parte. La maldición por conversión enlatina.

2.^a parte. La culpa de la maldición.

por sustentación.

autoridad

y simil del peñal que mató al hijo.

¹ Et quoniam serpens, quasi gladius quidam, diabolicæ inservivit malitiae, ideo et perpetua ipsi poena intentata est. Hom. 27 in Gen.

3.ª parte. Aplicación al auditorio

Pues oid cómo os confundo con la tremenda moralidad de este pasaje. Si quien sirvió al demonio de instrumento para tentar á los justos, pero de instrumento no libre, sino violento y forzado, é incapaz por lo mismo de comprender lo que hacia, no pudo con todo escapar de la terrible venganza, y vino á ser á los ojos de Dios criatura vilísima, odiosísima, abominable; decid, y perdonadme el atrevimiento con que os hablo: ¿qué será de vosotros, pecadores, que de propósito, por vuestro libre albedrío, por mera perversidad y malicia, cooperáis á los diabólicos intentos, y para robar á Dios sus seguidores hacéis liga con su enemigo capital? ¿Y presumís encontrar piedad, moverle á compasión, recabar misericordia? Maldito quien hace oficio de serpiente, tanto más detestable cuanto más capaz de conocimiento y libertad; maldito, sí, mil veces maldito, el abogado y ayudador del diablo en la perdición de los hombres: *Homo diaboli advocatus* ¹. Andad, pues, enhoramala, y esperad la recompensa del diablo, á quien servís con tanta fidelidad. De Dios no os prometáis sino odio, y desventura, y asolamiento y condenación sempiterna.

y argumentación a fortiori.

Conclusión energética

de reprobación de horror.

Arg. 5.ª Continuación del anterior.

Hacéis de demonios, mejor que los mismos demonios.

Luego difícilmente os salvaréis.

Antec. Flaquea de Luchel por sí mismo.

VI

Y ¿en qué otra forma podríais más abiertamente declarar que renunciáis á la gracia y amistad de Dios, que coligándoos con el demonio su enemigo? ¿Coligándoos dije? Suministrándole las armas más poderosas que tiene Lucifer para hacer guerra contra Dios y despoblar el cielo. No hay, católicos, quien no confiese que es muy flaco el demonio, cuando por sí solo nos acomete. *Resistite diabolo*, dice Santiago, *et fugiet a vobis* ². Resistid al diablo, y no solamente se alejará, mas huirá precipitadamente, ¡tan medroso es y tan cobarde! Entonces es terrible y espantoso cuando echa mano del hombre ó de la mujer para disimular su dañada intención; traidor es, y busca en la tierra un manto ó disfraz donde ocultarse, y tras esa máscara ¿quién le recono-

cerá? ¿Quién, exclama el pacientísimo Job hablando del demonio, quién descubrirá la faz de su vestidura? *Quis enim revelabit faciem indumenti ejus?* ¹. Así vemos que el sufrimiento de Job, de quien ahora hablamos, no vaciló cuando el maligno espíritu le destruía por sí mismo las haciendas, mataba sus reses, derribábale sus granjas, daba muerte á sus hijos, llagábale lastimosamente todo el cuerpo; vaciló empero cuando por boca de sus amigos le tentaba con desconfianza y desesperación. Y para alegar historias más recientes, si tan feamente cayeron varones tan levantados en santidad como los Jacobos en los bosques de la Palestina, los Macarios en los yermos de la Siria, los Juanes de Guarrín en las fragosidades de Montserrat, no fué cuando fuertemente batallaba con ellos el demonio, y los atormentaba con nervios y nudosas varas; no fué cuando se aparecía con temerosas figuras de animales, y los atormentaba con espantables silbos de serpientes, y rugidos de leones, y ladridos de perros, y aullidos de osos, y con el mugir de los toros, y el graznar de los grajos, y el berrear de los elefantes, y el gruñir de feroces jabalíes; mas cuando los combatió por medio de mujeres lascivas, que á ellos enviaba muy hermosamente ataviadas. Oid, y guardad lo que voy á deciros en lo más íntimo de vuestro corazón.

Menor inconveniente fuera que abriendo Dios todas las cárceles del abismo, y desencadenando contra los justos todos los demonios del infierno: Id, les dijese, cuantos espíritus malaventurados padecéis en esas mazmorras; id en persona, y tentad á los justos de la tierra, que yo os doy mi licencia; sería, repito, menor inconveniente que no combatiérais vosotros so color de amistad. ¿Por qué? Porque viendo entonces los justos á los demonios en su propia figura podrían santiguarse, ó bien huir despavoridos á la iglesia, ó al amparo de un sacerdote que los rociase con agua bendita ó los sosegase con su voz autorizada. Pero siendo vosotros los disimulados tentadores, que con capa de amigos procuráis derribar á vuestros hermanos: *subvertere nitimini amicum vestrum* ², ¿adónde se guardareán los infelices? ¿Qué

y su ferocidad por el hombre.

inducción de Job,

de Jacobo, etc.

descripción onomatopéyica.

Continuación de la apostrofe de licencia á los demonios.

antitesis y afectos de compasión.

¹ Chrys. Hom. 12 ex var. in Matth. locis.—² Jac., iv, 7.

¹ Job, xli, 4.—² Job, vi, 27.

lugar hay tan sacrosanto que os arredre y ataje vuestros licenciosos pasos? ¿Qué señal tan veneranda hay que os detenga? ¿Qué amenazas ni conjuros tan fuertes que os refrenen? Y haciendo las partes de enemigo más furiosamente que el enemigo mismo, ¿presumís alcanzar de Dios misericordia, como de las culpas ligeras cometidas por mera fragilidad?—Erráis, hermanos, erráis muy mucho; porque si á Dios nuestro Señor no puede hacerse sacrificio más agradable que cooperar á la salvación de las almas, conclúyese que no se le puede hacer más horrible injuria y desacato que cooperar á la ruina y condenación de ellas. De un contrario, dicen las escuelas, vale la consecuencia á otro contrario. Así que, si convulsa el pecador es reputado por divinísimo entre las obras divinas: *Divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum*; síguese que pervertir á un justo es la más diabólica de las obras diabólicas.

CONFIRMACIÓN 3.^a

por argumento contrario.

AMPLIFICACIÓN ad terrendum.

por autoridad.

y semejanza bíblica de los cazadores.

arguyendo a minori.

Arg. 6.^o
AMPLIFICACIÓN de vergüenza y de temor.

Y ¿qué es esto, sino entrar en la cuenta de aquellos malignos cazadores, de los cuales tan amargamente se queja Dios por el profeta, diciendo: Hallábase han en medio de mi pueblo quienes arman asechanzas y tienden redes y ponen lazos, á fuer de pérfidos cazadores, para enlazar y prender á los varones? *Inventi sunt in populo meo insidiantes, quasi aucupes, laqueos ponentes et pedicas, ad capiendos viros*¹. ¡Oh cazadores pérfidos! ¡oh hombres endemoniados! (perdonadme que os llame con vuestro nombre), ¿aun no echáis de ver la enormidad de vuestra culpa? Los otros cazadores despuellan el aire, vosotros el cielo; aquéllos matan animales, vosotros robáis compañeros á los santos, hermanos á los ángeles, almas, en fin, á Jesucristo. ¿Y no teméis? ¿y no tembláis? ¿y se os figura que no cometéis con esto mal ninguno, siendo, en realidad de verdad, tan grave delito que no hay palabras para encarecerlo dignamente?

VII

Porque, preguntóos yo ahora: ¿no es probable que alguno, al menos de los seducidos por vosotros, venga final-

¹ Jer., v. 26.

mente á condenarse, y á condenarse por culpa vuestra? Y si esto sucediere, ¿quién restituye á Cristo esta alma desventurada, decidme, quién se la restituye? ¿Tenéis por ventura precio bastante con que satisfacer por ella? Si lo tenéis, ¿dónde está? ¿dónde los merecimientos y rescate de esa alma? ¿No sabéis cuánto costó al unigénito Hijo del Eterno Padre, cuánto padeció, cuánto afaná, cuánto pagó por su rescate? ¡Oh Redentor mio amorosísimo! ¿Qué importa que Vos inclinaseis los cielos de vuestra grandeza, y os vistieseis del vil andrajo de nuestra mortalidad? ¿Qué importa que sufrieseis hambre y sed, fríos y calores, azotes y prisiones, salivas y hofetadas, puñadas y pescozones, y que os dejaseis enclavar desnudo en un infame madero por la salvación de las almas? ¿Qué importan tantos trabajos? ¿Qué importa tanto afán y derramamiento de sangre, si el gusano del hombre estorba y destruye los efectos de vuestra inefable redención? ¿Si el hombrecillo vil y desconocido, ya con palabras, ya con obras, ya con perversos ejemplos y escandalosos, trabaja por entregar al infierno las almas que Vos á tanta costa redimisteis? ¡Robar á Cristo un alma rescatada por él á tanto precio, y robarla para entregársela á Satanás! ¿Puede darse cosa más implía, más cruel, más bestial y furiosa, y, digámoslo de una vez, más endemoniada? Cielos, espantaos; ángeles, cubridos de horror; rayos y tempestades, caed sobre nosotros, que bien lo merecemos.

Robar las almas á J. C. y se las dar á Satanás. Luego... tamed.

Comunicación, precio de una alma.

y depreciación de filanto.

1.^a parte. Trabajos de un Dios.

2.^a parte. Perfidia del hombre.

Conclusión de honor por apóstrofe execrativa.

Amplificación por ficción probable;

1.^a parte. El sacrilegio.

2.^a parte. La cólera.

Aplicación a fortiori,

Si vieseis, hermanos, que en la mayor solemnidad y pompa de esta iglesia entra uno precipitadamente, y encaminándose á aquel altar, más que nunca engalanado, comienza con toda furia á rasgar los velos y colgaduras, á derribar candelabros, á llevarse los cálices y patenas, á profanar las mesas y custodias, ¿qué haríais? ¿No correríais todos gritando: ¡al ladrón, al sacrílego, detenedle!, y, santamente indignados, castigaríais su loco atrevimiento? Pues oid: andad en mal hora y arrebatad al Señor todas sus joyas y ornamentos; aún más, apercibid hachas y encended las teas, y derribad y reducid á cenizas los mismos altares y estatuas; menor delito fuera arruinar todo esto, que arruinar un alma. Que no redimió Jesucristo las piedras, no compró con su divina sangre los brocados, la plata, no el

oro, sino las almas: *Redimisti nos Deo in sanguine tuo* ¹: no nuestras cosas, sino á nosotros redimiste con tu sangre. Y ¿queréis que no sienta más el robo de un alma que el hurto de un vaso de plata?

Conclusión de despecho,

incremento.

y santa indignación.

Dije al comienzo de mi discurso que no quería emplear formas crudas y desabridas con este linaje de pecadores tan ciegos y desatinados; pero con más verdad confiesoos ahora que no las empleo, porque no las hallo proporcionadas á la gravedad de su delito. Si lo condeno de criminal, es poco; si de sacrilego, no basta: sería menester inventar un nuevo vocablo que significase este nuevo atrevimiento. Mas veis aquí á qué extremo han llegado nuestros excesos y demasías, que son ya tan atroces que no hay palabras para explicarlos.

PARTE SEGUNDA

VIII

An sír. Este gran delito es común entre vosotros.

Transición por vía de prolepsis.

Resp. 2) Por benevolencia.

corrección.

Confesadme la verdad, oyentes míos: ¿no os parece también á vosotros digno de abominación y más de lo que se puede encarecer el escandaloso vicio, fin y blanco de mis reprensiones? Ciertamente, responderéis sin duda; pero exceso semejante no se halla entre nosotros. Porque ¿cómo ha de haber entre nosotros quien así, por ejemplo, arme lazos á la honestidad, quien ose mancillar las almas de sus prójimos, quien se ponga de industria á arrebatarnos discípulos á Cristo? Cristianos somos, no perseguidores de nuestro adorable Redentor.— Paso, mis amadísimos oyentes, no os enojéis; harto veo que con esta respuesta desabrida queréis forzarme en cierto modo, ó á ofenderos manifestamente, ó á confesar que he hablado hasta ahora por demás. Disgustaros yo, por nada lo sufriré, ni pagaré tan mal vuestra singular benevolencia para conmigo; pues me retractaré, si es necesario, y me desdiré de lo que dije, y dareos á entender cuánto más dispuesto estoy para alabaros que para

¹ Apoc., v, 9.

reprenderos. Mas, si en disculpa vuestra no alegáis otra razón que la de ser cristianos, creedme, que más bien es éste un cargo que una justificación, comoquiera que las mayores persecuciones que hoy padece Jesucristo vienen de parte de los cristianos.

Oíd, si no, cómo se lamentaba ya en sus días el bienaventurado San Bernardo: Tus amigos, ¡oh Dios!, tus más vecinos y allegados se acercaron y estuvieron firmes contra Ti. La universalidad del pueblo cristiano parece que se ha conjurado contra Ti, desde el mayor hasta el menor. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana. ¡Ay dolor! ¡ay dolor!, que los que tienen en tu Iglesia la primacía y gozan del principal gobierno de tu pueblo, son, por ventura, los primeros y principales en perseguirte ¹.

Bien sé que estas quejas del Santo serían hipérboles y vanos encarecimientos respecto de vuestra ciudad, donde las cabezas y gobernadores atienden con ahínco á desarraigar las malas costumbres con su celo, y á promover las buenas con el ejemplo de su cristiano proceder. Pero ciñéndoos á vosotros, mis amados oyentes, ¿no os remuerde la conciencia de haber nunca escarnecido ó despreciado, con chacota y donaires, á alguno de vuestros compañeros, porque, antes de encanecer la cabellera ni arrugársele la frente, se muestra desengañado del mundo, como pudiera un Arsenio, y, desdeñando vuestros círculos y reuniones, huye de vuestros juegos y entretenimientos, y prefiere pasar las horas, ó hablando con Dios en las iglesias, ó de cosas de Dios con religiosos y sacerdotes? ¿qué respondéis? ¿estáis seguros que nadie, por vuestra culpa, ha dejado de frecuentar más á menudo los santos sacramentos, ni de asistir á la santa misa con más atención, de oír sermones, de rezar el rosario de nuestra Señora, de acudir á la misión, á los

¹ Amici tui, Deus, et proximi tui adversum te appropinquerunt, et steterunt. Conjurasse videtur contra te universitas populi christiani, a minimis usque ad maximum. A planta pedis usque ad verticem capitis non est sanitas ulla. Heu, heu, Domine, quia ipsi sunt in persecutione primi, qui videntur in Ecclesia tua primatum diligere, gerere principatum.

oratorios ó capillas de penitencia, á las fiestas religiosas, á los ejercicios de la buena muerte y otras prácticas de piedad, adonde le inclinaba su devoción ó su carácter?

Sabe Dios cuánto os aprecio, y el favorable juicio que deseo conservar de mis oyentes; pero plegue á su divina Majestad no seáis del número de aquellos malaventurados amigos, tan vivamente retratados en la Sabiduría, los cuales, en viendo á otros mozos de su edad más recogidos y modestos, luego comienzan á decir: ¿Qué apatía es ésta, compañeros? ¿qué encogimiento? ¿qué vida tan sombría y melancólica? Ea, venid y gocemos de los placeres de que no es ya capaz la edad madura: *Venite ergo, et fruamur bonis quae sunt, et utamur creatura tanquam in iuventute celeriter*. Embriaguémonos de vino, perfumémonos con ámbares y ungüentos olorosos y no desaprovechemos la flor de nuestros años ¹. Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado que no pasee nuestra liviandad, ni jardín donde no se espacie nuestro ardiente corazón, y dejemos por todas partes huellas de nuestro buen humor: *Coronemus nos rosas antequam marcescant; nullum pratium sit quod non pertranseat luxuria nostra, ubique relinquamus signa laetitiae* ². Sea una la bolsa, uno el deseo, una nuestra ambición, la de alegrarnos y divertirnos en juegos y banquetes, en risas y pasatiempos: *Marsupium unum sit omnium nostrum* ³, sin cuidar ni averiguar del otro mundo, de donde nadie ha venido nunca á darnos nuevas: *Non enim est qui sit reversus ab inferis* ⁴. Plegue á Dios, torno á decir, que no deis tales consejos de perdición á los jóvenes, aún no avezados al vicio! ¡plegue á Dios que no los convidéis á representaciones impúdicas y á tertulias y saraos algo libres! ¡plegue á Dios que no os moféis de ellos en viendo en sus manos un libro de devoción ó *Vidas* de Santos, y, en lugar de éstos, no les deis á leer romances y novelas de vanisimos amores, que sería darles, escondidos en ramilletes de lindas rosas, áspides ponzoñosas, para que sin sentir mordiesen y envenenasen sus almas!

¹ Vino pretioso et unguentis nos impleamus: et non praetercat nos flos temporis. Sap., II, 7. — ² Sap., II, 8. — ³ Prov., I, 14. — ⁴ Sap., II, 1.

Mas ¿qué? ¿no veis por ventura que si un predicador celoso comienza á inculcar la reforma de un abuso, si aconseja á las señoras que vistan con más decoro y honestidad, si recuerda á los magistrados su obligación de cerrar los espectáculos en ciertos días más solemnes, si persuade que destierren de los templos las parlerías, las risas descompuestas, las vistas libres y desmandadas; no veis, digo, que si un predicador apostólico emprende de veras la corrección de estos abusos, no faltan hombres que se alarman al momento, y excusan estos vicios, y defienden estas demasías y corruptelas, mancomunándose contra el predicador que cela demasiado, como dicen, y con escasa prudencia el pro-
vecho universal?

Venid, dicen con los pecadores deslenguados de que se hace mención en el libro de la Sabiduría, venid y cerquemos maliciosamente al justo, porque es contrario á nuestras obras, y nos da en rostro con los pecados de la Ley, y publica los delitos contra la disciplina, y se ha hecho el censor de nuestros pensamientos: *Venite, circumveniamus justum, quoniam contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis et diffamat in nos peccata disciplinae, et factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum* ¹. Y ¿cuántos hay en nuestros malaventurados días que desacreditan la virtud con dicterios infamantes y despreciativos, y á la modestia llaman necedad, frialdad á la castidad y pureza, á la humildad apocamiento, á la frugalidad tacañería, cobardía y cortedad á la humildad y mansedumbre? *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum* ². ¿Cuántos que, viendo á David muy resuelto á usar de clemencia con Saúl, contrastan su opinión y le incitan á la venganza? ³ ¿Cuántos que al ver al rey Asuero amargado injustamente contra Vasti, en vez de desengañarle, le dan la razón y le aconsejan que la eche de su casa? ¿Cuántos que viendo á Ammón frenético por Tamar, en vez de apagar las llamas, las avivan con aplausos y enseñan las artes de satisfacer su mal deseo? ¿Qué diré de aquellos que, descubierta ó disimuladamente,

CONFIRMASE I.º esto es desautorizar la predicación.

2.º esto es desacreditar la virtud.

por inducción alusiva.

por antitesis

y afectos de ira y de dolor.

¹ Sap., II, 12. — ² Is., V, 20.

³ I Reg., XXIV.

amplificada por prosopopeya hipbica.

é hipotiposis parafrástica.

Conclusión oratoria por opción.

Y combátese vocaciones religiosas.

Luego existe ese pecado.

Amplificación de llanto

y apostólica entereza.

por autoridad patriarcal.

Conmoción a contrario

de profunda lastimura

retraen á otros de su loable intento de entrar en religión y seguir el llamamiento de Dios, y para más aficionarlos á los deleites de este siglo los dejan, aunque mozos, en completa libertad, y so color de probar la vocación los halagan y hacen mil promesas, y dicen del estado religioso cuanto su ciego cariño ó voluntad perversa les inspira? *Firmaverunt sibi sermonem nequam* ¹.

¿Podéis, pues, gloriaros de no hallarse en este número ninguno de vosotros? ¿Puede envanecerse esta ciudad, por otra parte tan católica y piadosa, de no estar contaminada con esta ponzoñosa pestilencia? ¡Ojalá que así sea, y por que lo fuese derramaría yo toda la sangre de mis venas! Mas si esto no sucede, si esto por desgracia no es así, ¿por qué no me dáis licencia de desahogar mi justa indignación, y presumís cerrarme la boca, como si hablase por demás ante este auditorio, ó no hubiese razón de predicar como predico y declamar como declamo? Declamaré y alzaré mi apostólico acento, mientras viva, contra un vicio tan escandaloso, diciendo á todos la verdad desnuda, completamente desnuda. Sobre esto lloraré y lanzaré bramidos de dolor, por valerme del lenguaje de Miqueas, y andaré por esas calles despojado y vestido de cilicio, y plañiré con llanto de dragones, y con lloro de avestruces lloraré: *Super hoc plagam et ululabo, vadam spoliatus et nudus, faciam plantum velut draconum, et luctum quasi struthionum* ²; porque no alcanzo á comprender, cómo haya hombre en el mundo que, contradiciendo todas las leyes naturales y divinas, las cuales de consuno recomiendan que promovamos por todas las vías posibles la virtud, él ponga su empeño en destruirla y exterminarla.

¿Qué ceguedad es ésta, oyentes míos? Si vieseis á vuestro enemigo en riesgo de condenación, deberiais al punto, olvidando las ofensas y ahogando entrañables resentimientos, socorrerle y ponerle en camino de salvación, por no tratarle peor que á un jumento, al cual apartamos de la orilla del precipicio. Y vosotros al revés, porque va por

¹ Ps. LXXIII, 6.

² Mich., 1, 8.

el camino del cielo, ¿le querríais tratar como enemigo, y le armáis tantos lazos, y le seducís con tantos embustes, y acosáis de tantas maneras, hasta ponerle en la orilla del abismo y en los despeñaderos del infierno? Así es por nuestros pecados. El hombre malvado, dice la Sabiduría en los Proverbios, acaricia blandamente á su amigo, y le conduce por caminos no buenos: *Vir iniquus lactat amicum suum, et* ^{por símil y autenticidad.} *ducit eum per viam non bonam* ¹. Si dijese á su enemigo, pase; pero llevar á su amigo á la perdición, ¡qué cosa más horrible! ¿Cómo se concibe en vosotros tanta malicia, ó, por mejor decir, tanto deslumbramiento y ceguedad? ¿Cómo, oh cristiano, no os retraen de ello motivos de humanidad, ya que los de conciencia no os refrenan?

Es increíble la repugnancia y empacho que siento de hablar en esta forma, mis amados oyentes. Sin embargo de esto, es fuerza que lo diga, y cierre mi discurso. ¿No queremos nosotros servir á Dios? No le sirvamos. ¿No nos importa el cielo? Dejémosle. ¿No nos espantan los infiernos? Arrojámonos allí. ¿Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos. ¿Qué esperamos, infelices? Ábrete, oh tierra, y traga de una vez tanta muchedumbre de almas, pues tuyas son.—Pero, á lo menos, que nuestra propia condenación nos baste, hermanos míos, añadiré llorando con San Gregorio: *Perditio nobis privata sufficiat* ²; bástenos nuestra propia condenación, y no queramos que los demás se pierdan. Y ¿qué menos podría exigir de vosotros, oh amadísimos pecadores de mi alma? No os pido que seáis fervorosos como tantos otros, que seáis mansos y sufridos como ellos, que seáis castos, que seáis devotos y espirituales como ellos; solamente os pido que permitáis libremente ser á vuestros amigos y compañeros lo que quieran. Bástente tus pecados, oh casa de Israel: *Sufficiant vobis scelera vestra, domus Israel* ³. Así os dice el mismo Dios por boca de su profeta; bástente tus pecados, oh casa de Israel. ¿Y qué? ¿Es esto tan costoso, que no se puede recabar sino á fuerza de súplicas y de lágrimas? ¡Ah! no quiero proseguir,

Conclusión dulce y afectos y desconfianza.

por subjeción y permisión patética.

Afectos de confianza.

de emienda.

¹ Prov., XVI, 29.—² Pastor., l. 2, adm. 32.

³ Ez., XLIV, 6.

ni haceros el agravio de suplicaros más; antes bien, me persuado que no sólo dejaréis practicar á los otros la virtud; mas, alentados con su ejemplo y deseosos de aventajarlos en el bien, mostraréis á todos que, si hasta aquí obrasteis de diferente manera, fué inconsideración, fué inadvertencia, fué falta de reflexión y consejo, no malicia de obstinada voluntad.

de excusa.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTINUEVE

Resplandecen en este discurso **celo** de la honra de Dios, **dolor** entrañable de la perdición de las almas, **blandura** de corazón, junta con aquella apostólica **entereza** que pide nuestro Arias al perfecto orador:

*Non fulmina terrent
Virtutem, non assiduis agitata procellis
Aequora, non magno concussum murmure coelum* ¹.

¿Qué rayos temía de los grandes, ni qué borrascas de los pequeños, ni qué murmullos ni sacudimientos, quien exclama: «Mas si esto no sucede; si esto, por desgracia, no es así, ¿por qué no me dais licencia de desahogar mi justa indignación, y presumís cerrarme la boca, como si no... hubiese razón de predicar como predico y declamar como declamo? Declamaré y alzaré mi apostólico acento, mientras viva, contra un vicio tan escandaloso, diciendo á todos la verdad desnuda» (§ VIII).

Reprender con provecho, tengo para mí que es lo sumo de la elocuencia. Son menester para ello los arbitrios de las demás formas, y aún no bastan; porque ha de ser **vehemente** la reprensión y muy enérgica para que amargue, pero **sazonada** y dulce para que no exaspere. Y así ha de tener esta **vituperación** (*objurgatio*), segundo miembro del género demostrativo, el convencimiento y racionio de la **deliberación**, la viveza del género **judicial** y la elegancia del **panegírico**, que se cifran en dos virtudes: vehemencia y **rigor** para confundir y atemorizar al culpado; suavidad y **blandura** para que tomé la reprensión con gusto, ó por lo menos con paciencia. Virtudes, al parecer, contrarias, que hermana maravillosamente nuestro SÉNENI.

Vehemencia y rigor. Sonaba sin duda en los oídos del predicador la voz de Dios al profeta Jeremías: «Cifete con fortaleza, y levántate y predica todas las cosas que te he

¹ Rhetor. lib. II.

dicho; porque yo te he puesto hoy como una ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de metal en toda la tierra, contra todos los reyes de Judá y sus príncipes y sacerdotes y todo su pueblo. Y pelearán contra ti y no prevalecerán, porque yo estoy contigo para librarte ¹. Y ¿cómo se armó para esta campaña? Con las armas de Dios. Primero ciñóse con verdad, vistióse luego la loriga de la justicia, y, calzando sus pies con la mortificación de todos los afectos, se dispuso á predicar el Evangelio de la paz. Embrázó inmediatamente el escudo de la fe, en que se apagasen las balas de fuego que arrojare el enemigo, y, poniéndose el yelmo de la esperanza, empuñó el cuchillo del espíritu, que es la palabra de Dios ². ¡Ay del que saliere desarmado al estadio de la sagrada elocuencia! ¡Con qué brío enclava SÉNTERI este cuchillo en el corazón de los escandalosos! Primero los confunde y **avergüenza**, y en segundo lugar los atemoriza y **espanta**. He aquí los dos afectos que pretende mover en su auditorio. Confúndelos **descubriendo** la hechonda postema:

a) Por **semejanza**. Avergonzaos, escandalosos, porque sois semejantes á los buitres y otras aves carniceras, que se deleitan en la podredumbre de los cadáveres y abominan de la fragancia y buenos olores, pues no podéis sufrir el buen olor de los justos. (§ II.)

b) Por la **causa**. Avergonzaos, escandalosos, porque eso nace de envidia, y de una envidia la más ruin é infame del mundo, pues envidiáis la virtud ajena que podéis tener. Sois abominables, como Caín, y peores que los que se mobaban de los edificadores del templo. (§ III.)

c) Por **otra causa**. Avergonzaos, escandalosos, porque lo hacéis para que no campee tanto vuestra maldad, siendo todos malos. Pero es inútil, porque se echa más de ver vuestra malicia y no evitaréis el castigo; con que pasa al afecto de **temor**, que despierta con la ponderación de castigos temporales y espirituales.

a) **Castigos temporales**. Temblad, escandalosos, porque ¡ay de la cizaña cuando prevalece contra el trigo! ¿No oís la voz de todas las criaturas que desean vengar la honra de su Señor, y que él, por respeto á los buenos, os perdona? (§ IV.)

b) **Castigos espirituales**. Temblad, escandalosos, pues difícilmente alcanzaréis jamás perdón de vuestro pecado; porque «Maldito quien hace oficio de serpiente... maldito, sí, mil veces maldito, el abogado y ayudador del diablo en la perdición de los hombres». (§ V.)

c) Temblad, escandalosos, porque prestáis á Satanás las armas más poderosas que tiene para hacer guerra contra Dios y despoblar el cielo, que es el hombre para derribar á otro hombre. «Robáis compañeros á los santos, hermanos á los ángeles, almas, en fin, á Jesucristo.» (§ VI.)

d) Temblad, escandalosos, porque si esta alma seducida por vosotros se condena, ¿cómo se la restituiréis á Cristo? ¡Robarle almas á Cristo para entregarlas á Satanás! «¿Puede darse cosa más impía, más cruel, más bestial y furiosa, y, por decirlo de una vez, más endemoniada? Cielos, espantaos; ángeles, cubrios de horror; rayos y tempestades, caed sobre nosotros»... (§ VII.)

Y crece la vehemencia, hasta poder concluir la primera parte con esta amarga inectiva, que deja clavada, como aguijón, en el pecho de los oyentes: «Si lo condeno de criminal, es poco; si de sacrilego, no basta; sería menester inventar un nuevo vocablo para significar este nuevo atrevimiento. Mas veis aquí á qué extremo han llegado nuestros excesos y demasías, que son ya tan atroces, que no hay palabras para explicarlos.

¿Puede subir más de punto la vehemencia de la reprensión? Parecía que no; mas aquí entra el artificio oratorio. ¿En qué consiste? En **ahondar** más y descarnar la llaga hasta sacar toda la postema. En la primera parte ponderó la gravedad de este delito **en sí**; mas en la segunda la mira **en sus mismos oyentes**, y con esta vista los acaba de amedrentar y confundir. (§ VIII.)

Suavidad y blandura. El piadoso samaritano, viendo al que cayó en manos de ladrones, camino de Jericó, acercóse al llagado y echó encima de las llagas óleo y vino. **Vino** son las verdades ásperas y terribles, que amedrentan y mueven á dolor de los pecados por vía de temor: **óleo** son las verdades blandas y amorosas, que regalan y convidan á penitencia por vía de amor. ¿De dónde nace que las reprensiones de SÉNTERI escuezan, pero no exasperen? De dos fuentes: del **amor** y del **arte**, ó, si se quiere, de un arte amoroso, ó de un amor por extremo artificioso. Quien no sepa amar, que no se meta á reprender, porque amargará, mas no curará. ¡Qué bien se llevan las reprensiones de los padres, porque nos consta que nos aman! ¡Cuán mal parecen en boca de una persona extraña, que no sabemos si aquella aspereza nace de amor, ó bien de odio, de envidia ó malquerencia! Pero no basta saber amar; hay que poseer el arte de conciliar los ánimos y granjearse los corazones, y un arte tan delicado,

¹ Jer., 1, 17 y sig. — ² Ephes., II, 14 y sig.

*ut non sibi retia tendi
Sentiat auditor, vel non fastidiat artis
Conscious, aut cumulo nimium compressus inerti* ¹.

Exordio. ¿Dónde campea el arte? En hacer aborrecible el delito que persigue, aun antes de nombrarlo; en no dirigirse ni una vez á los escandalosos; en llamar la atención con la importancia del asunto. ¿En qué luce el amor? En el cariño que muestra á la virtud perseguida; en el afecto con que habla de nuestro Señor Jesucristo; en constituirse amparador de los débiles, con aquellas frases: «¿Qué haré yo?... ¿Abandonaré en manos de los enemigos... á los siervos de Dios, y permitiré que los ultrajen, que los humillen?... No lo consenta Dios... yo los socorreré».

Confirmación.—¿En qué descuella el arte? En la introducción tan discreta, donde determina adoptar formas serenas y razonamientos apacibles, que no es sino ablandar la herida para clavar luego la lanceta; en la invención de los argumentos tan eficaces y tan sencillos; en su disposición progresiva en orden á engendrar en ellos confusión y temor; en la elocución tan variada, que sigue todos los estilos, desde el más sublime y lleno de apóstrofes y prosopeyas, hasta el más templado que se atavía con metáforas y comunicaciones.

¿Cómo se descubre el amor? ¡Oh! El amor de SÉÑERI, intenso, vehemente, insaciable de la honra de Dios y de la salvación de las almas, sobrepuja al de las madres á sus hijos, al de los esposos á sus esposas, á todos los amores de la tierra. Siéntese palpar en cada frase, en cada línea, en todas las palabras. ¿De dónde nace ese llamarles tantas veces y tan de veras: «¡Oh hermanos míos», y «oh pecadores muy amados!», y «¡oh pecadores y compañeros míos!»? ¿De dónde aquel acercárseles tanto, como decirles: «Abrid vuestro pecho, descubríos ingenuamente, y no dudéis que, aunque las llagas sean muy hediondas y asquerosas, yo las trataré sin asco ni horror.» (§ II.) ¿De dónde procede el animarlos con una mano mientras los confunde con otra, y decirles, por ejemplo: «¿No podéis, por ventura, ser tan santo como vuestro hermano? ¿No podéis vestir con la misma modestia...?» (§ III.) ¿Por qué habla tantas veces en plural, uniendo su suerte con la de los escandalosos á quien persigue, y exclama en una parte: «Cielos, espantaos... rayos, caed sobre nosotros, que bien lo merecemos»; (§ VII); y en otra: «¿No queremos nosotros servir á Dios? No le sirvamos. ¿No nos importa el cielo? Dejémoslo. ¿No

¹ Bened. Arias, Rhetor, lib. III.

nos espantan los infiernos? Arrojámonos allí. ¿Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos.» (§ VIII.) ¿No nacen de amor aquellas frases que intercala en los apóstrofes más duros, como diciendo: «¡Oh cazadores pérfidos! ¡oh hombres endemoniados!, perdonadme que os llame con vuestro nombre!...»; y «es increíble la repugnancia y empacho que siento de hablar en esta forma, oyentes míos. Y aquellas cortesías con que se introduce á la segunda parte, ¿qué son sino industrias del amor? «Harto veo, dice, que con esta respuesta desabrida queréis forzarme en cierto modo, ó á ofenderos manifestamente, ó á confesar que he hablado hasta ahora por demás. Disgustaros yo, por nada lo sufriré...» ¿Por qué, sino para suavizar la reprensión, calla á veces el orador, y hace hablar á San Agustín ó á San Bernardo, como quien sabía que de boca de estos Santos oírían bien lo que oído de su propia boca acaso ofendería?

Peroraciones al cerrar la primera y la segunda parte. En ellas rebosa el amor y campea singularmente el arte, y los afectos de vergüenza y de temor llegan á su colmo. Estúdiese cada una por sí, y luego cójese la una con la otra; véase cómo siendo uno el fin, los medios son distintos, por el diverso estado de sus oyentes; admírese la variedad y flexibilidad del sentimiento oratorio, y el uso admirable que en ambas hace de la licencia. En una dice para avergonzarlos: «Pues oid; andad en mal hora y arrebatad al Señor todas sus joyas y ornamentos; más aún, apercebíd hachas y encended las teas, y derribad y reducid á cenizas los altares y estatuas; menor delito fuera arruinar todo esto, que arruinar un alma». En la otra dice, para atraerlos: «Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos. ¿Qué esperamos, infelices? Abrete ¡oh tierra! y traga de una vez tanta muchedumbre de almas, pues tuyas son. Pero, á lo menos, que nuestra propia condenación nos baste... bástenos nuestra propia condenación, y no queramos que los demás se pierdan. ¿Y qué menos podría exigir de vosotros, oh amadísimos pecadores de mí alma?...» Esto es amor, esto es arte, ésta es elocuencia cristiana.

*Alque utinam tales habitus similemque figuram
Induerent, quicumque sacris per pulpita rebus
Incumbunt; utinam proprias fecisse liberet,
Christe, tuas causas, quodque illis creditur almae
Religionis onus!...*

¡Ojalá, diré con Arias Montano, que se revistiesen de este espíritu, de esta caridad ardiente todos los predicadores! ¡Ojalá que tomasen la causa de tu fe, oh Cristo mío,

con el interés con que defenderían la suya propia! ¿Qué acontecería entonces?

*non tantum pectora vulgi
Dura forant, non tam multis sermonibus heu! tam
Exiguus feret fructus; ferventior esset
Mens hominum, pietas major majorque teneret
Religio populos...*

¡Ah!, no quedarán tan duros los corazones de los oyentes, ni fuera tan poco el fruto de tanto predicar: la gente se en-
fervorizaría más y más, y la religión se dilataría y arraiga-
ría en los pueblos. ¿Y qué más?

*et turba frequentior altum
Percoleret virtutis iter, felictior iret
Vita hominum, neque tanta forent dispendia gentis,
Pro qua supplicium durum mortemque cruciatam,
Nate Dei summi, et lignum crudele subisti¹.*

Entonces, ¡oh frutos suavísimos de la verdadera elocuen-
cia!, serían muchos más los que emprenderían la ardua sen-
da de la perfección cristiana; la vida social y privada sería
más feliz, y, sobre todo,

No tantas almas al profundo averno
Se hundieran ¡ay!, por quien sangrienta muerte
Sufriste en dura cruz, ¡oh Dios eterno!

¹ Rhetor. lib. IV.



DISCURSO TREINTA

MENOSPRECIO DEL MUNDO

*Ego testimonium perhibeo de mundo, quod
opera ejus mala sunt.*

Yo doy testimonio acerca del mundo, que
sus obras son perversas.

(JOAN., VII, 7.)

EXORDIO

Por insinuación
oratoria.

Sí hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda re-
pública ordenada, son, sin duda, los que descubren á
un traidor. Asuero, aquel monarca poderosísimo del Asia
que extendía su imperio sobre ciento y veintisiete provin-
cias, sublimó, como es sabido, á los reales honores al
buen Mardoqueo, por quien averiguó su Majestad las tra-
mas de Farés y Bagatan, dos gentileshombres de su pala-
cio. Tiberio premió á Antonia, mujer de Druso, que le re-
veló la traición de Seyano. Pirro á Fenaretos, mujer de Sa-
món, que le dió parte de la traición de Neoptólemo; y Cre-
so á una baja esclava de palacio, que le descubrió las tra-
zas y artificios de su madrastra, le levantó una estatua de
oro, en señal de gratitud ó para escarmiento de los demás,
y la colocó en el templo délfico.

Excita la aten-
ción con la nove-
dad del relato.

Inducción his-
tórica.

¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometer-
me de vosotros, comoquiera que mi objeto, al subir á esta
cátedra de verdad, no es otro que descubrirlos y manifes-
tarlos un gran traidor?—¿Qué traidor es éste? ¿dónde está?
¿cómo se llama? Denúnciesele, hágase manifiesta su mal-
dad, castiguese al punto sin perdón.—¡Ah, hermanos
míos!, os lo diré; pero témome mucho que no me creeréis;

Captase la deci-
sión.